

és que sabem com... ve determinat per la manera com... I es això el que ens fa veure com el rigor moral de l'època es va dilatant al pas del temps, com, a poc a poc, França i Europa i l'Occident tindran uns models de comportament diferents, com els models socials penetren tard la societat i com el món cavalleresc no ha mort sota la tirania del món eclesiàstic. Senyors: Europa ha mort. Europa ha deixat de ser sacra.

Maria Pont Estradera

R. FOSSIER, *Enfance de l'Europe. Aspects économiques et sociaux*. 1/L'homme et son espace. 2/Structures et problèmes, Paris, Presses Universitaires de France, 1er edition, mayo, 1982. Coll. Nouvelle Clio, l'Histoire et ses problèmes, vol. 17 y 17 bis, 1125 pp. Índices, figuras y mapas.

Desde hace algunos años la colección *Nouvelle Clio*, editada por la P.U.F., ha buscado convertirse en la guía de los estudios históricos. Nació con tales objetivos. Con volúmenes sencillos, técnicamente situados entre el manual y la síntesis abierta a la problemática, va completando una larga colección, desde la Prehistoria hasta el siglo XX. Proyecto ambicioso, fines determinados. Nombres ilustres de la historiografía francesa contemporánea lo jalonan. Desde el volumen 12 hasta el 25, el director de la colección se lo concedió al espacio medieval. Ya faltan pocos títulos. En menos de dos años se han publicado tres: el volumen 24 dedicado a la guerra, el 16 dedicado a la *Mutation Feodale* —también recogido en Medievalia 3— y, finalmente, en mayo de 1982, el doble volumen 17 y 17 bis, dedicado a la sociedad europea en los siglos X, XI y XII. Este gran esfuerzo, en plena penuria editorial y en medio de eso que llaman «crisis económica», es muy significativo.

*Enfance de l'Europe* es el libro que Robert Fossier (en un alarde de espacio, dos volúmenes y más de mil páginas) dedica al estudio de la sociedad de los siglos X, XI y XII. El autor, muy conocido por su célebre y discutida tesis sobre la región de Picardia (que fue un libro «modelo» entre el medievalismo francés, hasta las severas críticas recibidas por parte de A. Verhulst y L. Genicot —ambas extraordinarias—) y de una *Histoire sociale de l'Occident médiéval*, dentro de la coll. «U» de Armand Colin, nos brinda ahora una interpretación «personal» de estos polémicos y complejos siglos.

Nos encontramos ante una obra desigual. En ella Fossier se dedica a analizar la sociedad del Occidente europeo, desde mediados del siglo X

a finales del siglo XII, mediante una idea clara, nítida, inicial: «Je vois dans l'Occident de ces temps des forces qui se cherchent encore, d'impérieuses exigences peu à peu tempérées, une ignorance qui se comble lentement, une sensibilité aiguë toute en contrastes déroutants, une confiance dans les autres qui deviendra confiance en soi; ce sont les traits de l'enfance. Pourquoi ne pas s'arrêter à ce mot simple». El autor tiene, naturalmente, todo el derecho a utilizarlo, es decir, a asegurar su discurso bajo el título de «Enfance de l'Europe» —de clara conexión organicista y buscando la calma de los liriodendros de la *Kulturgeschichte*, de ese Huizinga que tarde o temprano saldrá como legitimador de la opción—, pero lo que no tiene derecho es a que el lector acepte de entrada que se trata de un concepto «simple». Tras él se esconde una fuerte indecisión, desdoblada en dos núcleos de problemas: El primero hace referencia a la utilización o no del concepto feudalismo, al que Fossier «refuse personnellement»; es decir, se trata de un problema sobre la dimensión de la sociedad habitualmente denominada «feudal», y que ya parece no estar de moda clasificarla así. El segundo es abiertamente la repugnancia por la jerga y la dimensión intelectual de la disciplina: «je laisse à d'autres le soin de découvrir le substantif en *-isme* qui lui vaudra d'être admis par les doctrinaires» (p. 70). Es decir, abandona en «otras manos» la práctica de un lenguaje, que naturalmente —como dijese Adorno— al desatenderlo permite la utilización social del anacronismo lingüístico. La jerga magnífica de un modo simple la antigüedad del lenguaje, que los positivistas quisieran exterminar de un modo simple. No basta con huir de los fantasmas de la jerga para lograr salirse de ellos. El concepto «feudalismo» o «sociedad feudal» —o lo que sea realmente la sociedad entre 980-1180— está presente en todo el libro. Las viejas e inadecuadas jergas historiográficas no deben obligarnos a estimular el escepticismo o la ataraxia, sino la racionalización de nuestro pensar, la sustitución de los dogmas por principios de la conciencia fenomenológica. Hay que volver a leer a Hegel si queremos escapar de las jergas en boga y de los modismos arcaizantes del siglo pasado, o de ese «abuso» (tan querido a Boutruche, como a Fossier y a tantos otros) del concepto «feudalismo» como algo sistemático. Pero no sé bien si es ingenuidad o torpeza la afirmación de que es mejor eternizar un valor orgánico, como «infancia de Europa», frente al bloque del lenguaje procedente del marxismo.

La jerga de la no-jerga se revuelve en contra. La obra de Fossier trasmite un juicio de valor. No puede negarse a ello. Su alianza con el positivismo explota la promesa, tan querida por muchos historiadores actuales, de dejarse fascinar por los textos. ¿Qué mitología lingüística esconden tales proclamas?

Fossier advierte las cosas y las abandona. Sólo es una breve introducción. Prefiere empezar su discurso, su largo discurso, de un modo sencillo, tradicional, analizando la civilización a ras de suelo: capítulo prime-

ro, pp. 85-287: *Le poids Croissant des Hommes*. Demografía, densidad de población, sistemas de ocupación del suelo, repoblaciones, expansiones militares en la periferia. Lo corriente en estos casos. Nada nuevo. Sólo algunas indicaciones y cierto grado de escepticismo sobre los textos escritos y la exigencia de profundizar en el conocimiento de la realidad material a través de la arqueología (¿un mito más?) Los fantasmas habituales en la historia económica de estos siglos. Los elementos de profundidad que impulsan la realidad social —eso que algunos llaman, con jerga, las fuerzas productivas.

El capítulo segundo, pp. 288-595, *L'encellulement*, es, sin lugar a dudas, más original. En el fondo toda la obra está escrita con el fin de dar cobijo a este capítulo. La tesis de Fossier sobre estos siglos queda sustantivizada en este preciso instante. Lo expresa con llaneza: a mediados del siglo XI la sociedad del Occidente entró dentro de este proceso de «encellulement». Una revolución. La tesis es atractiva, pero no nueva (Duby la expuso con mayor energía en 1978 en *Les trois ordres* pp. 183-205, bajo el epígrafe «la révolution féodale»). Fossier la desarrolla de un modo particular. En primer término fija la cronología: «Durant plus d'un demi-siècle, de 990-à 1060, il s'agit d'une véritable révolution sociale» (p. 288). Esto es verdad, y además una verdad conmensurable y única para dirimir la realidad de esta sociedad en transformación (o en mutación, como dicen algunos). Pero, después de este comienzo prometedor, ¿cómo logra establecer su fisonomía?

Aquí tropieza con grandes dificultades. Seis apartados requiere para fijar la tesis: *Apartado A*, «La revolución del siglo XI», pp. 289 ss.: una crisis política (la del año mil) y una serie de movimientos concurrentes en el decir de Duby, para reducirla. Fossier habla sólo de dos: el movimiento herético y la paz de Dios. ¿Por qué tan sólo estos dos? Éste es el misterio mayor del presente libro. Ya hablaré sobre él. La herejía parece ser una confrontación de clases (según la tesis de Ernst Werner), pero matizada por ese «estado de opinión espiritualizado». Sobre la paz de Dios. Nada nuevo. Lo habitual, después de los estudios de Duby. Con estos dos elementos agota el proceso revolucionario. *Apartado B*, «La casa», p. 318 ss. ¿Ya no es un fenómeno revolucionario? Descripciones arqueológicas (realizadas con mejor trazo en su anterior obra *Le village et la Maison au Moyen Age* —también analizada en *Medievalia* 3—, algunos elementos marginales y el socorrido tema de la familia, las solidaridades y todas esas cosas. Pero, ¿y la propiedad privada? La estimulante tesis de Douglas C. North-Robert Paul Thomas, en *The rise of the Western World*, queda olvidada, ¿por qué? ¿No comprende Fossier que si a la formación de la casa se une la idea de la propiedad privada entonces comprenderemos mejor eso que la escuela de Tellenbach, Schmidt y los demás denominaron la aparición de la conciencia del linaje, de la *Geschlecht*, y podría convertirse en un fenómeno verdaderamente revolucio-

nario? La lectura de las obras de Otto Brunner sobre la *Oeconomia* o la simple reflexión de los estudios de Karl Bosl hubieran facilitado ese paso tan necesario de la *Verfassungsgeschichte* a la *Sozialgeschichte*. *Apartado C*, «La parroquia», p. 345 ss. Un fenómeno —dice Fossier— «liés à la "revolution" du XI siècle» (p. 346). Ligado, es decir, paralelo. Algunos interesantes argumentos sobre el papel de la parroquia a la hora de fijar el mundo campesino y la regulación de su modelo social. Queda un poco corto. *Apartado D*, «El señorío». Nada de sistema feudal o cosas por el estilo: aquí se habla de la autoridad del señor. La bipolarización es un hecho: De Boutruche a Duby. La síntesis de Fossier es algo extraña, nerviosa, indecisa. Se asienta en numerosos modelos regionales, cada uno dice algo diferente. No hay unanimidad. Mejor así, se piensa, en esta confusión tan querida por el medievalismo francés, entre homogeneización y unanimidad de criterios. Frente a las tendencias «centralistas» de los clásicos (incluso de Ganshof), la idea tan expandida de que existen tantos modelos como «estudios regionales». ¿Era realmente así, tan compartimentada, «autónoma», la sociedad europea, o nos encontramos ante una pobreza de convertir los estudios microhistóricos en modelos, y tratar de acercar más las semejanzas que las simples, y a veces grotescas, diferencias? El miedo a la identidad, incluso al concepto *estructura* (a no ser que se utilice en sentido jurídico) conduce a este auténtico «puzzle» de estudios regionales y de «señoríos laicos». La síntesis es vicaria de tanta torpeza y descansa en ella. *Apartado E*, «La solidaridad de los grandes», pp. 422 ss. ¿Qué quiere decir con solidaridad? Pues simplemente que se organizan para la guerra, para la defensa de los territorios, para la ordenación de la producción. Que se deja el modelo del pillaje-don, propio del mundo carolingio por el del régimen señorial. Pero, y bien, ¿cómo se organizan? Fossier no lo dice. ¿La solidaridad es por afinidad entre clases, por mero azar, por gusto, porque fue así simplemente? ¿Por qué se reúnen los hombres nobles? Nada está claro. Pero todo le permite asegurar que «les arguments ne manquent pas qui devraient faire renoncer ceux qui en usent au mot "feodalisme"». *Apartado F*, «La comunidad de los pequeños», pp. 494 ss.

Es hora de «sutilizar». Cap. III, *La révolution de l'économie* (pp. 614-772). Transformaciones en la producción, nuevos sistemas de organización del ciclo productivo, desarrollo de los intercambios, etc. Lo habitual en estos casos. Capítulo IV, *Recherche d'un équilibre* (pp. 800-899). Dos apartados: A) *El Poder*, pp. 801 ss. análisis de esta dimensión de la conducta humana, desde la realidad hasta los sueños (pasando, eso sí, por los gestos simbólicos que lo determinan); B) *Les structures d'accueil*, pp. 873 ss. aquí se analizan los aspectos puramente procesales del Poder: jurídicos (la costumbre, el espíritu de las leyes) o imaginarios (sí, dice imaginarios, como Duby): y dentro de ellos el inevitable tema de *les trois fonctions*, p. 884 (indecisión en el título, pues en el índice le llama

*les trois ordres*, p. 1124, D 2). Una advertencia curiosa, una más: «Tous ces textes sont l'oeuvre de savants, de clercs, d'intellectuels...» Y yo me pregunto, qué textos no son obra de sabios, clérigos o intelectuales. Suerte que Fossier no da entrada (como hace su homónimo Poly en el vol. 16 de esta colección de esa idea de la «grand vague folklorique des XII-XIII siècles»), pues sólo cautamente deja indicar que el campesino, el pueblo, sólo recibe los textos, los oye: y de igual modo se sitúa Fossier: «Faisons comme le valet et le paysan du XIIe. siècle: écoutons de que prétendent les hommes dont c'est le métier de penser pour les autres» (p. 882). Las gentes sencillas de los siglos XI y XII tienen poco aprecio por tales proclamas ideológicas, sublimes, grandiosas. Frente a ellos los grandes asumen un poder sobre la mudez del signo y del mando. Lo imaginario es una esfera conmensurable (lo ha hecho con gran precisión Georges Duby), pero en esta obra queda un tanto diluida, opaca, gris, como si se tratase de un fenómeno gradualmente incómodo. Fossier elogia con claridad los estudios sobre la precisión del espacio de las actitudes mentales, pero no se hace consumidor de él. Resiste a emplear algunas páginas de su larguísimo ensayo a tales problemas. ¿Cuándo se escribió realmente esta obra? ¿Puede asegurarse que está escrita después de 1978, es decir, después de la aparición de *Les Trois ordres* de Duby? Este libro aparece citado en la bibliografía (núm. 175) y en numerosas ocasiones a lo largo del texto, pero —si leemos con atención la interpretación de Fossier de los tres órdenes o las tres funciones— comprobaremos que lo ha leído poco y mal. A la vista de esta interpretación de los fenómenos mentales y del papel que ejercen en el proceso productivo y de organización social (incluso en la revolución entre 988-1060) es lógico que concluya del modo siguiente: «il paraît assez raisonnable d'admettre, comme J. Le Goff et Y. Congart, qu'il y a là une structure adaptée à une société en voi de développement» (p. 885). Para este final era innecesario el esfuerzo intelectual e historiográfico realizado por Duby en *Les trois ordres*; pues todo parece indicar que lo aceptado hoy es en esta sociedad que está amaneciendo de nuevo; aparece una estructura de definición social como un reflejo sobre las agitadamente persuasivas señales del anteaer (es decir, del pasado indoeuropeo). La trivialidad es el peor enemigo de la historia de las sociedades medievales, y de trivialidad tenemos que habar al leer estas páginas.

La tercera parte del libro: *Quelques problèmes* (pp. 903 ss.) se reduce en la práctica a cuatro grandes apartados, planificados en otros tantos capítulos: 1) La Famille. 2) Feodalité et noblesse. 3) Qu'est-ce que la ville. 4) L'or et l'argent.

Tiempo habrá de analizar con profundidad el alcance de estos «bocetos de problemática». Ahora me ceñiré a exponer algunos puntos de carácter general. Sobre el capítulo dedicado a la *Familia* —el más extenso y ambicioso— no logramos saber si Fossier se sitúa en un plano puramente

topográfico y arqueológico del problema o si, por el contrario, quiere adentrarse en las sutiles interpretaciones del parentesco. La debilidad de los estudios que le sirven de base a sus afirmaciones se dirige en contra de su síntesis, dándose un sensible retroceso con respecto a estados de la cuestión anteriores al suyo. Sobre la *Feodalité et la noblesse*, Fossier vuelve a sus argumentos del volumen primero, pero ahora con afirmaciones tendentes al escándalo, como esa de la p. 951 de que «la feodalité n'existe pas», para reducirla más adelante a los estrictamente papeles jurídicos (pp. 952 ss.) Pero lo hace con énfasis, con una ascendencia hacia lo sublime: «Il est, simplement, de soumettre à un examen clair le "phénomène féodal", afin de le démythifier, de le ramener à ses justes limites». Fossier pasa al elogio de la lexicografía en su etapa primitiva: para él hay que «compter, comme toujours... compter les mots...» (p. 953), cuya dignidad estriba por el momento en haber salvaguardado de la intromisión de las jergas. El fantasma vuelve a surgir de nuevo. Y el discurso se limita a dirigirse hacia el campo propiamente económico, con cuyos dos capítulos concluye el libro.

Pero, antes de hacerlo, Fossier se permite extraer algunas consideraciones finales: situarse en la cercanía devota de la verdad. La conclusión de la obra es enormemente paradójica. Se ha estudiado una época de crecimiento (primero la formación, luego el despegue), pero se duda de los motivos de este crecimiento: se abre el expediente de los que creen que obedece a un desarrollo interno (técnico, demográfico, o lo que sea) o los que hablan de factores «externos» (invasiones, oro musulmán, fronteras, expansión militar o lo que sea) y se perplejiza sobre esta polémica: ¿en 1982? y para no inmiscuirse en ella afirma que existe una tercera vía que es la menos «assurée, mais qui, de toutes aussi, est la plus complète» (p. 1072). La hipótesis climática. Ella, a juicio del autor del libro, da a los medievalistas «quelle leçon d'humilité pour l'espèce humaine ravagée au rang des anopheles» (p. 1074).

No se tomen las cosas mal. El libro de Fossier es un abigarrado estado de la cuestión (asentado prácticamente en los hallazgos de una decena de monografías regionales francesas alzadas a la dimensión de mito) de la sociedad de los siglos X, XI y XII. No existe sistema, ni coherencia, ni método, ni exigencia intelectual. Las cosas se van exponiendo tal como parece que son; así vemos sociedades totalmente dispares, sin conexión una con otra, contrapuestas, con un exceso de personalismo «regional» (producto más bien que de la pretendida diferencia de una lectura particularizada de los documentos y de un ansia por resaltar hasta lo absurdo los elementos «particulares» de las zonas periféricas de Europa). Doble trampa; cepo inevitable a los estudios históricos. ¿Por dónde podrán establecerse en lo sucesivo los diálogos entre especialistas si cada región de Europa se comporta de un modo diferente y el estudioso se escuda en esta diferencia para evitar todo intento serio de discusión o simplemente de síntesis de las estructuras que subyacen a los simples eventos?

*Enfance de l'Europe* es un libro que hay que leer con cuidado. La colección está dirigida primordialmente a los estudiantes, es decir, a futuros medievalistas, a seres cuya formación no es aún sólida, y que se pueden dejar influir por esta *Verfassungsgeschichte*, camuflada de historia social, de arqueología retrospectiva, de antropología cultural y de significado, de crítica epistemológica y de una retórica especial para seguir utilizando con algunos reparos la metáfora. De nada sirve castigar al marxismo con dureza (hablando de su rigidez, que verdaderamente la tiene) si a cambio se ofrece tan sólo una «rígida» pero ambigua descripción de la sociedad que no se sabe muy bien lo que era. De este modo, el discurso histórico de Fossier pretende borrar abiertamente las más viejas teorías de nuestra historiografía: mostrar y nombrar, figurar y decir, reproducir y articular, contar y describir; pero sin conseguirlo.

En su más específica profundidad la noción clave de esta obra es el concepto revolución aplicado a los sucesos ocurridos entre 990-1060. Detengámonos de nuevo en ello. La idea es de Duby, pero Fossier le ofrece una dimensión explicativa: allí donde servirá de soporte para su comprensión de esta sociedad y su negación abierta de las jergas habituales. Una revolución, sin duda. Pero ¿cuál? Fossier pasa al lado de ella, la confunde en ocasiones con los movimientos heréticos, en otras con la aparición del señorío, en otras con ese gran hallazgo del «encellulement». Pero todo se deja en suspenso. No es por intriga, ¿por qué entonces? El autor eleva a nivel de teoría muchas observaciones contenidas en los trabajos regionales, de forma que algunas de las apreciaciones simples y equivocadas de tales trabajos son generadas como principios de organización de una síntesis. Así surge esta obra, incoherente, convertida en una palinodia de conocimientos dispersos, sin ninguna crítica previa (cosa que se observa con mayor énfasis en la bibliografía, donde las ausencias son tan importantes como las lagunas de lectura en las obras que se citan), carente de equilibrio o ponderación. Rebosante de espacios vacíos, donde se distribuyen por azar conocimientos aún no muy comprobados.

Todo está sólidamente amarrado en el interior de este largo ensayo. Un interrogante aparece después de su lectura, un interrogante afanoso y quizá no excesivamente gratuito: ¿Existe realmente una crisis en la historia medieval francesa, tal como parece indicar este libro; o, simplemente, estamos delante de una obra mal planteada y que por sí sola no es significativa del sistema de reflexiones habituales en el país vecino?

Hace doce años, Georges Duby pronunció su *leçon* inaugural en el *Collège de France*, que tituló «Des Sociétés Médiévales» (4 de diciembre de 1970) donde sostuvo: «C'est aussi et surtout que vous avez estimé parce que la vocation du Collège de France est d'enseigner la science en train de se faire, que les réflexions les plus urgentes, celles dont on peut attendre les résultats les plus neufs, devaient s'engager dans les perspectives les

moins bien tracées de l'histoire médiévale, j'entends précisément celles de l'histoire sociale». Durante estos años, 1970-1982, y bajo su inspiración más o menos directa, han ido madurando obras como la aquí comentada. El peligro es grave. ¿Quién tiene el deber de denunciarlo? Desde mi perspectiva espacial sólo puedo indicar —y hacerlo además apoyado en Michel Foucault— que «por detrás de todo saber o conocimiento lo que está en juego es una lucha de poder. El poder político no está ausente del saber; por el contrario, está tramado con éste». ¿Qué poder exige en la octava década del siglo XX que nos arranquemos los ojos y creamos que los siglos X, XI y XII son tal como nos los presenta Robert Fossier en esta larga síntesis de más de mil páginas?

J.E. Ruiz-Doménec

T.F. GLICK, *Islamic and Christian Spain in the Early Middle Ages. Comparative Perspective on Social Cultural Formation*, Princeton, New Jersey, 1979, ed. Princeton University Press, 367 pp., índice de contenido, de nombres y bibliografía.

Una vez más debemos a un historiador anglófono una aproximación a un tema historiográfico hispánico. Un breve análisis de la improductiva polémica que ha mantenido la historiografía peninsular acerca de los modelos culturales que se desarrollaron en la península ibérica en la Alta Edad Media, según las fuentes ideológicas y formativas de los historiadores que la protagonizaron, sitúa —de nuevo— la necesidad de definir los mecanismos de difusión cultural y las condiciones que los generaron en el contacto de las sociedades hispánicas con el Islam.

Glick asume este objetivo en toda su amplitud y considerando múltiples factores va a intentar equilibrar una comparación entre las sociedades andalusí y cristiana de la Alta Edad Media.

Con acierto integra en su obra la descripción de R.W. Bulliet del proceso general de conversión al Islam, basado en el estudio de los nombres que proporcionan las compilaciones biográficas que permiten calcular la *ratio* de conversión al Islam, que es logarítmica, y que puede ser representada mediante una curva que relaciona la proporción total de conversos con los períodos cronológicos en que se va produciendo la conversión. La obra de Bulliet, silenciada o ignorada por nuestra historiografía, ha venido a convertir en especulativa cualquier discusión sobre las conversiones que no la tenga en cuenta. Considérese la tentativa de integrar este estudio en la obtención de ciertas conclusiones como el aspecto más